

Aquellos que formaron parte de nuestra historia

G. Manresa Formosa

Miembro de Honor de SEPAR. Barcelona

Presentación

Posiblemente por ser un miembro de la antigua guardia de la SEPAR, me ha correspondido la grata designación para redactar este artículo recordando a los amigos y próceres de nuestra querida Sociedad. Al considerar sus vidas, sus cualidades han ido cobrando otra dimensión superada y las he descrito ofreciéndoles el homenaje de mi admiración y la misma amistad de cuando convivimos.

Mi propósito es hablaros de los miembros de nuestra Sociedad que fueron artífices de su historia. No de los que están y han llevado a la SEPAR a un desarrollo y estructura social modélica. De ellos hablarán cuando la SEPAR celebre sus bodas de oro. Son los que la han llevado a la cumbre de su gestión.

La historia de la SEPAR queda esculpida en el libro escrito por Coll Colomé con el mismo amor con que la fundó. Llegará a vuestras manos durante el Congreso de Granada en el próximo mes de junio. Por ser su fundador, la suya encabeza las semblanzas de nuestros próceres, cuyo traspaso les hace merecer nuestro especial recuerdo, cuando celebramos el 25 aniversario de su fundación. Para los que les conocieron será revivirlos en su memoria, para los que no, intento presentarlos para que tengan una idea de aquellos hombres entusiastas y solidarios que poseían el don de la bondad pura y sin medida.

Os ofrezco en estas líneas con sencillez y fidelidad, lo que sus personalidades dejaron impreso en mi espíritu. Los he descrito como les vi y como les quise.

Las sociedades científicas y sus congresos

Las sociedades científicas y sus congresos siguen creándose y celebrándose. Continúan siendo necesarios como lo fueron antes de que el pensamiento humano volara con los medios de que hoy se dispone para difundir por el mundo los descubrimientos y adelantos que nos ofrece el progreso con rapidez sorprendente.

Las superficialidad de la labor de las sociedades y de sus congresos es sólo aparente. Su existencia es útil y necesaria. Estos complejos humanos dan la "noticia" revalorizada por el parecer de otro u otros hombres que a su vez han pensado acerca de las mismas ideas y cuestiones que también les han interesado. En las reuniones de estas entidades las ideas comunicadas se recogen por lo menos bajo el control de los que

intervienen exponiendo sus puntos de vista.

La ciencia de hoy no permite logros y resultados personales o individuales en el campo de la investigación. Suelen ser el rendimiento de uno o varios equipos. Hoy ya no es posible el milagro de Koch, que en solitario, trabajando en su casa, descubre el bacilo de su nombre, comprueba su especificidad y su patoagresividad inoculando los bacilos cultivados, y cuando tiene todos los cabos bien atados va al Congreso de Medicina de Berlín y da cuenta de su descubrimiento.

Las sociedades científicas, los congresos y las academias vivirán porque en ellas el factor humano es el protagonista principal. Este factor humano es el que intervino en la labor de aquellos maestros que recordamos y aún guardamos lo que nos dieron, pero hemos de admitir que sin duda intervino la personalidad atrayente del maestro. Casi puede afirmarse que por este factor nuestros formadores fueron más eficientes por su transferencia que por lo que nos dictaron. Por este factor resulta más interesante escuchar la conferencia del autor de un importante tema que leer su artículo en una revista. En el fondo, lo único permanentemente nuevo es el ser humano.

No sé si se celebran demasiados congresos o si hay demasiadas sociedades científicas. Quizá sí. Pero lo que sí sé es que mientras haya hombres interesados por la cultura y el saber de otros, que puedan iluminar las ideas y el pensamiento de los demás, las sociedades científicas prevalecerán.

Confirman estas consideraciones el ejemplo vivo de SEPAR que cumple 25 años desde que el sembrador Coll Colomé voló la semilla que cayó en el terreno fértil de la buena disposición de los fisiólogos, neumólogos y cirujanos torácicos de nuestro país y nació nuestra Sociedad que a partir de entonces no ha dejado de crecer y consolidarse por la presencia de una juventud estudiosa, comprometida y generosa.

Esperamos que a pesar de la materialización de los tiempos modernos, no llegaremos a que se desintegren el interés por el saber, ni a la relajación y rotura de los vínculos de la buena convivencia humana. Esperamos que los tiempos futuros sean mejores después de superar la encrucijada laberíntica que nos rodea y una vez transcurrida, se pueda ver nacer un porvenir de conquistas y de inventos formidables que acompañen un nuevo orden de justicia y de paz que modele la vida de la humanidad nutriente y que cada día puedan reducirse, hasta extinguirse, la guerra y la injusticia.

Doctor Franciso Coll Colomé

Conocí a Coll Colomé en los inicios de su carrera. A la vuelta de una de sus primeras estancias en París, en el aeropuerto de Le Bourget en su sala de espera, entró en relación con un pasajero que yo había dirigido al Prof. Crawford para ser operado. El paciente volvía de Estocolmo en un estado óptimo, neumonectomizado por un tumor del pulmón izquierdo. El Dr. Coll Colomé y mi paciente hicieron juntos el viaje de vuelta desde París a Barcelona. Hablaron y el operado le refirió el motivo de su viaje y la satisfacción con que volvía a su tierra en plena recuperación y euforia. El operado le contó que el Dr. Manresa, de Barcelona, le había sugerido y convencido para que se pusiera en manos del Dr. Crawford. Esta coincidencia hizo que el Dr. Coll Colomé un día, después de la sesión de la desaparecida Sociedad de Tisiología me hablara de este encuentro y del buen estado de mi paciente. Le comenté que en el año 1946 estuve 2 meses en el Servicio del Dr. Crawford viéndole trabajar y tuve la oportunidad de presenciar por primera vez la realización de una neumonectomía. Por esta razón entonces la dirigí en varios enfermos. Uno de ellos, el compañero de viaje del Dr. Coll. Hablamos luego del Servicio de Broncoscopia del Dr. J.M. Lemoine de París y del número de exploraciones que se hacían diariamente.

Lo que no podíamos imaginar es que aquella reciente amistad entre el Prof. Lemoine y de su discípulo Coll tendría tal trascendencia en el desarrollo del conocimiento bronconeumológico de nuestro país. El futuro sería revelador de la labor extraordinaria y fecunda de Francisco Coll Colomé. Ambos amigos, además de su pericia técnica, enriquecedora de la neumología, mirando con mirada avisada y profunda a través del broncoscopio, sentían una vocación humanista solidaria. El binomio Lemoine y Coll lo formaron dos hombres carismáticos en su don de gentes y de una sociabilidad vocacional. De suerte que este don natural específico es el fundamento de las cualidades que les permitieron a ambos fundar sendas sociedades científicas. Al Prof. Lemoine la Association International des Maladies del Bronches y a Coll Colomé su sección española que debía convertirse en el año 1967 en la Sociedad Española de Patología Respiratoria, que bien nacida, con robustez y eficiencia consolida su incesante prosperidad.

Las cualidades personales de Coll Colomé, inteligencia, voluntad y amor le han permitido llevar a cabo la labor trascendente que representa influir y lograr que el entusiasmo y el esfuerzo de los tisiólogos y neumólogos estudiosos de nuestro país, se reúnan cada año para mutuamente enseñarse y aprender. Los que hemos sido testigos del nacer y del crecer de la AIEB y de la SEPAR hemos visto los adelantos culturales de los tisiólogos, neumólogos y cirujanos torácicos de nuestro país.

La obra de Coll Colomé es extraordinaria. Merece la cosecha lograda que todos los neumólogos del país sin excepción, o muy rara, le brindan su consideración



y estima, agradeciéndole haber hecho una sociedad científica en la que prevalece sobre la cultura y dedicación, la amistad.

Coll Colomé aprendió a manejar el broncoscopio y a mirar y ver por su luz la superficie del árbol bronquial que suele ser un buen espejo de lo que ocurre en pleno parénquima pulmonar y de lo que acontece en su misma superficie. Coll trabajó en el Hospital de San Pablo hasta el año 1968 en que dejó el Servicio de su jefe y amigo Dr. Castilla Escabrós para fundar y dirigir el Servicio de Bronconeumología del Hospital de la Cruz Roja de Barcelona, donde ha servido a su profesión en el campo de la clínica, en el progreso de la broncoscopia y formando un grupo de neumólogos completos y expertos. En el de lograr aglutinar a la mayoría de neumólogos de España en una sociedad, primero la Sección Española de la AIEB que al llegar a su madurez se convirtió en la SEPAR, que no es sólo la agrupación de bronconeumólogos y cirujanos torácicos del país, sino también una magnífica cantera de amigos y, además, una institución que procura y facilita la formación científica de sus miembros jóvenes. Tal cosa sólo se consigue cuando el esfuerzo y el trabajo van dirigidos por una gran vocación.

Las líneas finales expresan mi satisfacción por haber sido encargado de escribir este artículo, que me permite expresar públicamente, no sólo mi amistad y afecto, sino también la admiración y reconocimiento que me sugiere la obra del Dr. Coll Colomé.

Con él hemos andado el mismo camino, acariciando los mismos ideales, sin que la más leve fricción haya enturbiado nuestra amistad.

La acción y la labor de Coll Colomé ha sido trascendente para nuestra colectividad, alcance y logro que está reservado a los hombres inteligentes, responsables y de gran corazón.

Pienso en este momento que puedo presentarle en nombre de todos los miembros de SEPAR, los laureles del reconocimiento y de la gratitud por habernos trazado el camino y marcado su andadura.

Doctor Manuel Tapia

El éxito de la sección española de la AIEB, se debe sin duda, a las cualidades y entusiasmo del Dr. Coll Colomé que supo agrupar a numerosos tisiólogos y tisioneumólogos españoles para constituir la y particularmente al exquisito acierto de ofrecer su presidencia al Dr. Manuel Tapia y lograr que éste la aceptara. Su designación y su aceptación se convirtieron en una elección por unanimidad.

D. Manuel Tapia se había reintegrado a su querida patria después de su exilio en Portugal, en donde dirigió durante años el Sanatorio del Caramulo, que le ofreció cordial acogida y le brindó residencia y estancia amable durante largo tiempo.

El Dr. Tapia durante su exilio logró dos cosas muy importantes en su vida: curar quirúrgicamente una lesión tuberculosa y escribir, sin duda alguna, el mejor tratado de tisiología publicado en lengua castellana. La lectura de su libro nos produjo una gran satisfacción, particularmente a los que habíamos bebido en las fuentes de la cultura tisiológica alemana. Podíamos abastecer nuestro desgaste cultural con toda comodidad en nuestra lengua, sabiendo que su contenido merecía toda nuestra confianza.

El exilio de los maestros españoles que se vieron en la necesidad de abandonar su patria y su vida, era la nube de humo que nos los ocultó. Entre ellos estaba el Dr. Tapia.

Su primer libro lo publicó en colaboración con el Dr. Julio Blanco en el año 1921. Prologado por el Dr. Marañón, quien reconocía en su comentario la oportunidad de su publicación, ya que en la literatura médica del país, no había un libro dedicado al tífus exantemático, a pesar de tratarse de una enfermedad de hondas raíces en nuestra historia epidemiológica, tales que mereció la consideración de ser una enfermedad "de las ordinarias" en España.

Su publicación vino a llenar la laguna bibliográfica médica. Fue un trabajo notable por su claridad y acierto con que se exponían los puntos de vista teóricos con su nosografía precisa y elementos de diagnóstico. Libro excelente y útil que dio origen al prestigio de sus autores.

Personalmente conocí de nombre a Tapia cuando en el año 1932 llegó a mis manos su libro dedicado a la tuberculosis pulmonar. Era un libro bien pensado y bien hecho. Su contenido se correspondía a un título sugestivo: introducción a la tisiología. Leyéndolo se



esclarecían mucho las ideas a veces ambiguas de la patogenia, de la evolución y formas clínicas de la tuberculosis pulmonar. Era un pequeño gran libro. Otro trabajo importante de Tapia fue el que publicó sobre tuberculosis bronquial, en el que estudiaba su clínica, sus imágenes radiográficas y, muy particularmente, los aspectos broncoscópicos que representaron una aportación importante, realizada en colaboración con el otorrinolaringólogo del Sanatorio de Caramulo, Dr. Costa Quinta.

Dos maestros de la tisiología española, ambos exilados, tuvieron una suerte semejante, dando prestigio a la bibliografía médica española con sendos libros excelentes. Tapia con su tratado sobre "Tuberculosis pulmonar" y Luis Sayé con su libro "La tuberculosis traqueobronquiopulmonar", los dos extraordinarios.

El del Dr. Tapia se publicó en el año 1941 y alcanzó un éxito inmediato que le brindó su máximo prestigio. Le dio a conocer a la juventud de tisiólogos en formación y a los consagrados que dispusieron de un libro magnífico que alcanzó tres ediciones en menos de 10 años.

La quimioterapia de la tuberculosis mermó el interés por su estudio.

El del Dr. Luis Sayé llegó a nuestras manos cuando la reciente quimioterapia antibacilar se consolidaba

por su eficacia. El interés por el pensamiento y los avances fisiológicos iban a la baja. Ya sólo interesaban los progresos de la química y de la antibiología, su mecanismo de acción y los modos de aplicarla.

La feliz coincidencia de alcanzar la curación de la tuberculosis no disminuye ni la bondad ni el mérito de ambos libros y son el exponente de la gran cultura fisiológica de sus autores.

El Dr. Manuel Tapia es un ejemplo de los que supieron crear el espíritu científico extrauniversitario, es decir, fuera de los límites cerrados de la universidad española. Tapia enseñó por vocación docente. Su vida frustrada como la de tantos maestros españoles por nuestra crisis política del año 1936, tuvo tres empeños principales. El primero, la realización de su vocación profesional que le convirtieron en un médico ejemplar con decidida vocación hospitalaria. Ejerció el oficio de médico con amor al enfermo y con dedicación integral a la medicina y a su estudio. En segundo lugar ejerció su vocación docente que cuando se posee es como la fuente de donde brotan las ideas que instruyen y forman. Así enseñan los que poseen el don y la sabiduría que les motivan. Y la tercera, forma parte de su intimidad, lo más bello y delicado de su ser. Su gran amor a su esposa a quien quiso toda su vida con una gran ternura y una sensibilidad que emocionó a los que fuimos testigos de su predilección.

Los hombres que se han distinguido por su calidad humana, se singularizan de dos modos: por la visión directa de su ser y de su actuar, y por su manera de acoger y de dar. Y otro, el postrero que tiene su comienzo después de haber cruzado la frontera de la eternidad, cuando podemos ver, ya extinguidos sus gestos y su presencia y ya sólo nos queda la estela de su obra y de su ejemplo.

De Tapia pueden decirse muchas cosas. Pero sé que no soy yo el llamado a revelarlas porque mi amistad y mi trato con él fueron a lo largo de sus postreros años, coincidiendo con su presidencia de la AIEB y los estrictamente profesionales. Fue tiempo suficiente para recoger de su persona su bondad, su serena madurez y su claridad. Y lo que intentan estas líneas es testimoniar y transmitir lo que queda grabado en mi espíritu y en mi memoria adornado por mi gran afecto y admiración a su persona.

Tapia era un hombre bueno que se reconocía con el trato y con el diálogo. Su talante no se caracterizaba por una simpatía inmediata. Ésta surgía con el trato, con el aprecio y la estima que inspiraba. En el fondo parecía como portador de una tristeza a pesar de su gran carácter. Tenía conciencia de su sabiduría y de su honestidad. Yo ya le conocí y le traté en plena madurez. La sensatez que le adornaba debió ser la base sobre la que su inteligencia hizo su gran cultura y el buen sentido que le condujo por el camino del bien hacer y del servir a los demás. Se le escuchaba siempre con un gran interés, a pesar de que, como buen orador no encontraba fácilmente el momento final.

Nos enseñó fisiología y otras muchas cosas, tales como amar la verdad científica y a guiar nuestra conciencia y nuestro corazón con dignidad humana.

Doctor Francisco Blanco Rodríguez

Don Paco Blanco, como le llamaban sus compañeros de promoción, sus compañeros, amigos y colaboradores de su vida profesional, reorganizó y recuperó el prestigio de un servicio que, por el exilio de su jefe, había enmudecido. El del Dr. Manuel Tapia. Ganó la dirección del servicio después de discutida y reñida oposición. El Dr. Blanco Rodríguez fue un fisiólogo brillante de un criterio sensato y ecuaníme gracias a poseer un sentido crítico mesurado y certero. Por su hábito de pensar y meditar había logrado una idea personal de distintos aspectos discutidos de la fisiología clásica de nuestro tiempo, pero siempre respetando los puntos de vista ajenos.

El Dr. Blanco Rodríguez fue el primer presidente de la SEPAR. Lo fue por su reconocida capacidad de conductor, por su afabilidad y su sencillez, cualidades que determinaron el consenso que le condujeron a la presidencia que ejerció con acierto, eficacia y amable autoridad. Años después fue designado Secretario General del Patronato Nacional Antituberculoso, realizando una labor encomiable que mereció el beneplácito de sus dirigidos.

Fue un gran acierto llevar a Don Paco Blanco a la Secretaría General del PNA. Su bondadoso sentido de una autoridad bien dirigida, su experiencia en la lucha contra la tuberculosis, su cultura fisiológica y su sim-



patía hicieron posible que su paso por aquel organismo fuera fructífero para el intento de erradicar la tuberculosis, emprendido con gran entusiasmo. Reconociendo que la tuberculosis ha perdido en nuestro país virulencia y frecuencia. Contribuyó a mejorar varios centros sanatoriales y logró mejorar la retribución de los médicos y de gran parte del personal auxiliar.

Estas mejoras brotaron igualmente de su mente y de su corazón.

Conocí a Don Paco Blanco y le traté con frecuencia, desde la Asociación Internacional para el Estudio de las Enfermedades de los Bronquios y durante el tránsito a la SEPAR cuya paternidad comparte con el Dr. Coll Colomé y de la que fue su primer presidente.

He de confesar que don Paco Blanco me cautivó en muy poco tiempo. Me atrevería a decir que nuestra simpatía fue mutua y duró hasta que la vida nos silenció a ambos. Le he sobrevivido y su recuerdo es tan grato y tan amable como cuando nos encontrábamos al comienzo de los muchos congresos a los que concurríamos los dos. Con Don Paco intercambiamos dos afectos anímicos: yo le brindé mi admiración y él me ofreció su confianza técnica. Magnífico intercambio.

Desde el primer momento, advertí en él la cualidad que siempre he apreciado más en un hombre: la bondad. Y aún otra de gran valor que también enriquece el alma, una gran comprensión humana que poseen los hombres que han sufrido fortaleciéndose y que no han podido hacer frecuentemente la propia voluntad. Son estos hombres los entrenados en el no fácil arte de convivir.

Fuimos ambos formados en los principios de una fisiología clásica de cultura alemana. Fuimos rankenianos y parcos en aceptar la soñada y esperada quimioterapia de la tuberculosis. Habíamos conocido tantos vanos presagios terapéuticos, que debíamos esperar para creer en la quimio y antibioterapia antibacteriana. Ésta fue obra de 10 años, los que median entre la estreptomycinina y la rifampicina pasando por la isoniazida. Pero cuando contemplamos el hecho maravilloso de ver desaparecer las lesiones tuberculosas de un pulmón en 3 meses, creímos y el hecho terapéutico se convirtió en el acontecimiento más importante de nuestra vida profesional.

El doctor D. Franciso Blanco Rodríguez, hombre bueno, honesto, querido y apreciado por todos, que sirvió generosamente a los hombres dolientes y contribuyó a que la convivencia humana se convirtiera en un placer, no le falta nada para que hoy, los que le conocimos le dediquemos este homenaje de admiración a su persona y de gratitud por su ejemplo.

Doctor José Cornudella Capdevila

Conocí al Dr. Cornudella en el año 1935 en la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña y Baleares, durante la presentación de una comunicación que aportaba a la Sociedad de Tisiología que entonces presidía el inolvidable Dr. Luis Sayé que era el presi-



dente permanente por su prestigio. Recuerdo la manera serena y cordial con la que se expresaba. Pregunté a mi compañero quién era el orador y me dijo el Dr. Cornudella del Hospital de San Pablo.

Para presentarlo debo hablar del médico, el maestro y el escritor que integraban su personalidad.

Cornudella fue médico por vocación. El ejercicio asistencial de la medicina puede hacerse honestamente con rigor y con la frialdad con que se aplica una técnica, como ejerce su misión el que analiza la sangre, el esputo, etc. de un paciente. Un analista correcto, pulcro, requiere que cumpla su misión con fidelidad y no requiere que sea con amor. El médico sí que debe cumplir su función con amor y dedicación total a la persona humana. La calidad médica de Cornudella se logra cuando felizmente coincide la aptitud y la vocación de servir al paciente con convencimiento.

Las fuentes de información del médico son principalmente dos: el estudio que es la forma de incrementar la propia cultura básica para ejercer la medicina, y la vida hospitalaria que le permite aplicar sus conocimientos y aprender del propio enfermo. A esa gran escuela que es el hospital se incorporó Cornudella desde antes de terminar la carrera y permaneció hasta que fue jubilado a sus 70 años.

Cornudella fue un maestro en el doble aspecto que caracteriza el contenido de nuestra profesión, lo que

tiene de oficio y su carácter docente del conocimiento humano. Lo primero lo ejerció en su práctica diaria de manera ejemplar. En cuanto a lo segundo lo comunicaba con gran naturalidad, con la sencillez y el amor que requiere el enseñar eficientemente. El maestro es un sembrador de ideas y de experiencias vividas que al término de la siembra siente un vacío en el alma que debe repostar con nuevos conocimientos que brotan constantemente en medicina, gracias al impulso que le confieren las ciencias que le benefician en su progreso arrollador en esta última mitad del siglo.

La ciencia de que disponemos nos ofrece dos formas, ambas indispensables, "la ciencia conservada", la de los libros y grandes tratados y "la libre" que surge de los labios de los colaboradores cultos que dialogan con el maestro pensando que saben menos que él, cuando le aleccionan sin darse cuenta.

No puede dudarse del influjo que tuvo la labor docente del Dr. Cornudella y su equipo en la transición de la fisiología a la neumología que nació en la mente de Laennec, hasta que el impulso de la fisiología, la fisiopatología, la inmunología, los medios diagnósticos y la imaginaria le prestan el gran desarrollo de la especialidad en la segunda mitad del siglo XX.

Cornudella, como buen clínico, fue un avanzado optimista de la quimioterapia de la tuberculosis pulmonar. El tiempo le dio la razón y todos la celebramos como uno de los grandes logros del siglo que se va. La labor docente de Cornudella benefició a las generaciones médicas jóvenes que se interesaron por las cuestiones bronconeumológicas al poderse iniciar en los cursos anuales que organizaba en su Servicio del Hospital de San Pablo de Barcelona.

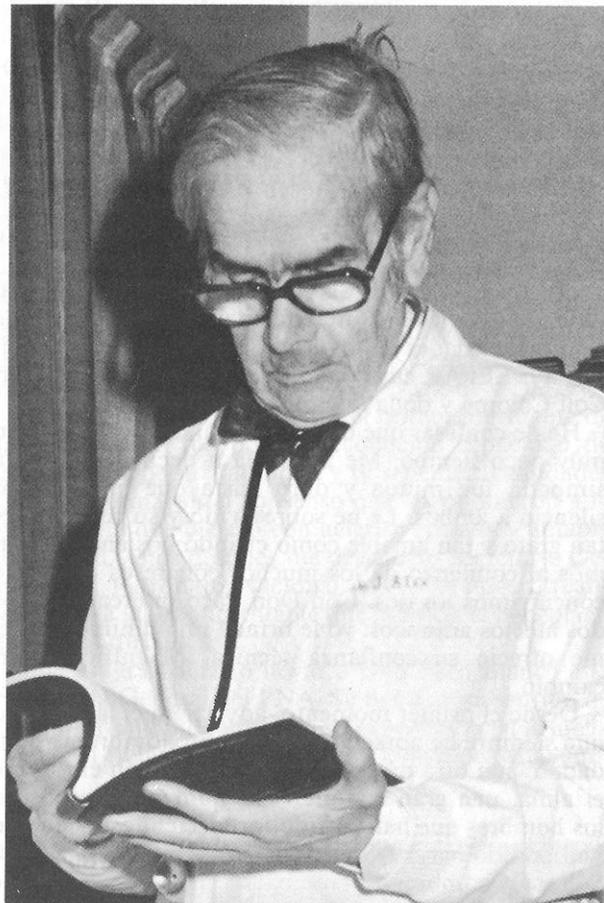
Cornudella fue también escritor. Entre sus aptitudes contaba su afición a escribir. Aparte de sus trabajos profesionales y de sus monografías, llegó a publicar unos 30 trabajos literarios. Era un hombre en el que la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad y la amistad lo adornaban en proporción armónica. Sólo una sobresalía: la bondad.

Doctor José Alix Alix

Me será muy difícil limitarme al breve espacio de un par de folios hablando de José Alix con quien me unió una entrañable amistad. Ésta comenzó antes de inaugurarse el Centro de Colapsoterapia que el PNA había instalado en la calle Silvela de Madrid. Visité el Centro antes de que se inaugurase, acompañado de su director y en esa visita le conocí y se inició una amistad a la que su muerte puso término sin borrar su memoria.

Alix fue un trabajador pertinaz sin tregua y aparentemente sin descanso en los diversos aspectos de su actividad. Siguió la misma carrera de su padre. Su inteligencia, su aplicación al estudio y sus cualidades humanas le hicieron acreedor a ser becado por la Institución Libre de Enseñanza, en la que coronó sus estudios brillantemente.

El aspecto cultural y científico de la profesión no le hizo perder el sentido humano de nuestra función.



Siempre pensó en el bien del enfermo y especialmente en el que él creía que más requería de su tesón y espíritu de lucha para su recuperación. Audaz en las indicaciones de la colapsoterapia, logró un rendimiento notable, tanto con la médica como con la quirúrgica.

Su cultura y su amplia base anatómica y fisiopatológica le hicieron un promotor en nuestro país del estudio y aplicación clínica de la fisiopatología del aparato respiratorio. Precisamente su afición a esta parte novedosa de la neumología nos llevó juntos a Suecia en el año 1946 para conocer, dialogar y aprender la fisiopatología pulmonar que había salido de la Segunda Guerra Mundial. El provecho teórico fue copioso pero las dificultades a adquirir los aparatos empleados entonces, nos dificultó su aplicación clínica en nuestros servicios. Su gran trabajo era adquirir y enriquecer los conocimientos para llevar a cabo su aplicación para curar y prevenir las enfermedades del aparato respiratorio. También su docencia vocacional le hizo lograr las mejores síntesis de sus conocimientos que ofrecía a sus colaboradores en aquellas sesiones inolvidables de los jueves por la tarde en el Centro de Colapsoterapia, a los que asistí varias veces.

Alix colaboró a la feliz aglutinación de los neumólogos españoles siendo miembro de las dos asociaciones: la Internacional para el Estudio de las Enfermedades

de los Bronquios y luego su sucesora la SEPAR. Fue miembro de ambas juntas de gobierno.

En el Centro de Colapsoterapia llevó a cabo una labor encomiable extensa y completa, en su doble aspecto clínico y quirúrgico como maestro y con la autoridad que le caracterizaba. En el Centro pudo perfeccionar y llevar a la práctica los conocimientos adquiridos en sus excursiones fisiopatológicas en el extranjero, al adquirir uno de los primeros espirómetros importados que hubo en Madrid. Con él montó el laboratorio de fisiopatología del Centro donde acudían gran número de neumólogos para aprender y consolidar los fundamentos de la especialidad. Otro aspecto importante de su actividad fue la práctica de la cirugía torácica que realizó con eficacia y muy buenos resultados.

La cancelación del Centro de Colapsoterapia fue debida a la eficacia de la terapéutica medicamentosa de la tuberculosis y determinó que fuera designado neumólogo de la Clínica de la Concepción, donde cumplió su cometido y colmó sus deseos de trabajar como colaborador de su querido y admirado maestro Dr. Jiménez Díaz.

Alix era un superdotado, apto para lo que se propusiera. Como médico alcanzó el prestigio que le correspondía por su cultura y su saber. Pero lo mismo habría sucedido si hubiera sido arquitecto, ingeniero o hubiera ejercido cualquier otra disciplina del conocimiento humano. Entre sus aficiones destacaba el dibujo y la pintura, que había cultivado asistiendo a la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, donde conoció a grandes pintores entre ellos Dalí a quien admiraba como dibujante excepcional.

Hombre de carácter se distinguió por su sensibilidad y su amor a la justicia. La honestidad fue siempre su norma. Hombre de apariencia dura tenía el corazón lleno de ternura que su temperamento impulsivo ocultaba. Le conocí bien y sé de su gran sentido de la amistad.

Me lo imagino envejecer con una gran serenidad, renunciando con alegría y por lo tanto felizmente. Sí, feliz envejecer para él pudiendo ver llegar la paz eterna al lado del gran amor de su vida: su esposa, y el amor de sus hijos.

Doctor Antonio Castella Escabrós

Recordar al Dr. Antonio Castella es para mí ocasión de ofrecérle el homenaje de mi recuerdo y la admiración que me inspira todo hombre que ha sido promotor de algún avance o el realizador de una técnica innovadora, y que ha sido capaz de comprometerse consigo mismo y con su entorno, para llevar a buen término lo propuesto, lográndolo para luego enseñarlo a los interesados.

Castella Escabrós es un ejemplo. Fue el promotor indiscutible en nuestro país de la endobroncoscopia y también su difusor. Por consiguiente desde aquí alabo su pericia en la técnica pero más todavía, su generosidad al enseñarla a sus colaboradores inmediatos, a los neumólogos y otorrinolaringólogos interesados en su



práctica. Mediante los cursos que organizaba anualmente en su Servicio del Hospital de San Pablo de Barcelona ofrecía sus enseñanzas a los médicos que acudían procedentes de todas las provincias de nuestro país.

En el año 1928, Castella ingresa en el Servicio del Dr. Francisco Esquerdo, de Medicina Interna en el Hospital de San Pablo. Ascende a médico auxiliar del cuerpo facultativo del hospital, previa oposición en el año 1934. Continúa en el mismo servicio trabajando en su sección de fisiología donde inicia su formación en la especialidad.

Es posible que la circunstancia de dedicarse a fisiología en un servicio de medicina interna, infundiera en su ánimo el interés por el incipiente capítulo de bronconeumología de los años 1930, y le condujera a la broncología que entonces nacía.

En esa época, Chevalier-Jackson logró realizar la endoscopia bronquial con el propósito de extraer los cuerpos extraños intrabronquiales y la observación de tumores traqueobronquiales y broncopulmonares. Consecutivamente, la nueva técnica sirvió al desarrollo y perfeccionamiento del estudio bronconeumológico.

El Dr. Soulas de París viajó a los Estados Unidos para asistir al Servicio del Dr. Chevalier-Jackson, con

el fin de formarse en la práctica de la exploración y adquirir el instrumental de broncoscopia para realizarla. La pericia adquirida al lado de Chevalier-Jackson convierten a Soulas y a su servicio en el centro broncoscópico de Europa, al que concurren los médicos europeos que desean conocer el nuevo proceder de exploración bronquial.

Soulas difunde la técnica, hace construir en Francia el instrumental broncoscópico y empieza el desfile a París de médicos interesados. Uno de ellos, en los primeros días del año 1936, era de Barcelona: el Dr. Antonio Castella, que permaneció al lado de Soulas los primeros meses de aquel año aciago que fue 1936. Vuelve de París con la técnica aprendida y la amistad que le ofreció el Dr. Soulas y que muy pronto debía confirmarse. Castella Escabrós y su familia deciden, después del estallido de nuestra guerra, abandonar Barcelona y se establecen en París. Esta circunstancia permite a Castella consolidar su técnica broncoscópica y sus conocimientos broncológicos incorporándose de nuevo al Servicio de su amigo el Dr. Soulas hasta mediados del año 1937. Luego regresa a la entonces llamada España Nacional donde se integra al Hospital Militar de Pedernales en Vizcaya.

Al término de la guerra vuelve a Barcelona y se incorpora al Hospital Militar de esta ciudad. Poco tiempo después, restablecido el Servicio del Dr. Luis Rosal Catarineu en el Hospital de San Pablo, forma parte de éste. En el año 1947 es nombrado Médico Adjunto del Servicio del Dr. Cornudella y se hace cargo de la sección de broncoscopia. Diez años después el Hospital de San Pablo crea el Servicio de Broncoscopia y le designa su director, cargo que desempeña hasta su jubilación en el año 1968.

Castella, al igual que su maestro el Dr. Soulas, realizó una importante función docente y de difusión que le llevó a organizar durante muchos años cursos de broncología y broncoscopia a los que concurrían médicos de los diferentes servicios del aparato respiratorio de las provincias de España.

Hombre de actitud natural, franco y trabajador, tenía un trato afable y sencillo. Su convivencia y manera de enseñar le condujeron a poder rodearse de competentes broncoscopistas que le ayudaron a difundir la broncoscopia en muchos de los centros dedicados a la patología respiratoria de nuestro país. Un tiempo, largo, con el broncoscopio y después con el fibrobroncoscopio. Era hombre de temperamento optimista que se situaba frente a los hechos que guarda y encierra la naturaleza aún hoy, sin prejuicios y con una capacidad de atención excelente.

Doctor José Zapatero Domínguez

El Dr. Zapatero fue uno de los diez miembros de la comisión gestora, cuyo cometido fue preparar, con la lógica colaboración de un hombre de leyes, el estatuto de la nueva Sociedad Española de Patología Respiratoria y las gestiones que su validez legal requerían. Se ultimó el estatuto para que pudiera entrar en vigor a



partir del congreso celebrado el mes de mayo de 1977 en la ciudad de Granada, donde nació la nueva Sociedad.

Siempre estuvo Zapatero al servicio entusiasta de la AIEB para continuar igualmente al de la sucesora SEPAR. Fue el primer presidente de la sección de fisiología, una de las cinco secciones en las que quedó dividida la actividad de la Sociedad.

La actividad profesional de Zapatero se desarrolló en el Dispensario Antituberculoso Universitario en donde llevó a cabo las investigaciones estadísticas de la población estudiantil de la Universidad de Madrid. Esta labor le permitió observar el comienzo de la tuberculosis pulmonar en jóvenes estudiantes, dedicando varios trabajos a las formas clínicas y evolutivas "inaparentes" de la tuberculosis pulmonar.

Zapatero fue un fisiólogo de prestigio de nuestra edad de oro de la fisiología española, que sufrió la interrupción de la crisis política de la mitad de la tercera década de nuestro siglo y de nuestra historia.

Como buen especialista que siempre estuvo vinculado a la medicina interna, se sintió atraído por la patología "no tuberculosa" del aparato respiratorio, lo que le facilitó oportunamente su trasiego científico a la neumología moderna, al que todos nos vimos obligados atravesando el puente de la fisiopatología de la respiración que surgió y se desarrolló después de la II Guerra Mundial.

Con el advenimiento de la antibio y la quimioterapia de la tuberculosis, dedicó trabajos referentes a la estreptomycinina y sus asociaciones con el PAS y las isoniacidas, referentes a sus indicaciones y sus formas de empleo. Trabajos que fueron útiles para la información de los médicos generales, enseñándoles las asociaciones, las debidas dosis y formas, así como el tiempo que debían durar los tratamientos. ¡Esta asociación trivalente fue la que en realidad nos abrió las grandes puertas a la esperanza!

Zapatero fue un especialista de prestigio, que en su haber poseía un curriculum vitae con una puntuación importante, pudiendo acceder por concurso oposición al puesto de Director del Servicio de Patología Respiratoria del Hospital Provincial de Madrid, ahora Hospital General Gregorio Marañón. La integración universitaria del hospital le llevó a ser profesor, realizando una labor asistencial y docente digna de todo encomio. Este servicio hoy lo dirige el profesor Monturiol, su discípulo predilecto. Zapatero tuvo la suerte, no frecuente en nuestro país, de que le sucediera el colaborador que sabía que continuaría su labor actualizándola e incluso superándola.

La otra actividad profesional de Zapatero nació al lado de su maestro, el Profesor Enríquez de Salamanca, en cuyo servicio universitario, como adjunto a la cátedra, pudo desarrollar su vocación docente: enseñar. Fue durante muchos años el encargado de las lecciones dedicadas a la tuberculosis que se explicaban en el curso correspondiente de la asignatura de Patología Médica. La suprema cualidad de su labor docente fue la claridad a la que todavía responden sus Lecciones de Tuberculosis y sus dos volúmenes sobre Enfermedades del Aparato Respiratorio.

Zapatero tenía una obsesión muy legítima, la de la pureza del lenguaje, que él guardaba escrupulosamente. Para él, la palabra era donde se encuentran, se abrazan y se confunden las maravillas corporales y espirituales de nuestra naturaleza. Así, él procuraba usar el lenguaje con la debida propiedad.

Zapatero tuvo la suerte de unificar sus dos actividades en una, cuando fue profesor siendo Director del Servicio de Enfermedades del Aparato Respiratorio en el Hospital General Gregorio Marañón.

Nacido en Santoña, ciudad donde su padre ejerció la profesión de médico, cuando tuvo que empezar la carrera se trasladó a Madrid, donde realizó su licenciatura y su doctorado. Discípulo del Profesor Enríquez de Salamanca, quedó como adjunto a su servicio y siguió a su maestro hasta su jubilación. Su estancia en Madrid durante su época de estudiante y el ejercicio de su profesión, le llevaron a conocer la sociedad y el embrujo de Madrid, que le convirtió en un madrileño perfecto hasta en su modo de hablar. De talante simpático, permaneció para siempre en la capital del reino.

Zapatero merece, por su cultura y sabiduría, ser enumerado entre los que formaron nuestra historia. También por su colaboración en el desarrollo de nuestra Sociedad y de su aportación científica a sus congresos, en forma de ponencias, comunicaciones e in-

tervenciones. Recordarle es cumplir con el deber de dedicarle esta semblanza. No es posible revivir aquellos tiempos en los que nuestra Sociedad tenía 200 socios sin evocar el amor y el entusiasmo de aquella decena de amigos que unidos gestaron con su entrega y esfuerzo la transición de la AIEB a la SEPAR, sin dedicar este recuerdo a uno de ellos y de gran corazón, José Zapatero Domínguez.

Doctor Antonio Duplá Abadal

Casi todos los compañeros que intervinieron en la constitución de la AIEB y de la SEPAR, ya éramos amigos antes de movilizarnos obedeciendo a la invitación del Dr. Coll Colomé. Conocí al Dr. Antonio Duplá ya consolidada nuestra vida social que con tanta ilusión y entusiasmo emprendimos a través de nuestra reunión profesional bajo la sigla de SEPAR. Fue en aquellas jornadas anuales que al amparo de nuestra Sociedad celebramos en Castellón de la Plana, organizadas en el Sanatorio de la Magdalena por su director, nuestro amigo Dr. Juan Guallar. Recuerdo que a la salida de la primera sesión científica me lo presentó el Dr. Tello, de quien fue dilecto amigo y colaborador eficiente y fiel.

Debo confesar que me sedujo desde el primer momento y el encuentro fue el inicio de una gran amistad que perduró hasta la muerte del querido amigo.

Duplá fue un hombre de gran inteligencia, de pala-



bra fácil y persuasiva y de ideas claras. Con estos tres elementos, de los que tenía plena conciencia, colaboró hasta la plenitud con Tello en la conducción y actualización técnica del Sanatorio de Zaragoza, contribuyendo a que este Centro adquiriera el carácter de escuela.

Con estos tres elementos que le caracterizaron, participó e intervino en las ponencias, las comunicaciones y en las mesas de todos los congresos anuales de la SEPAR. Sus intervenciones eran chispeantes, aclaratorias y complementarias. En ocasiones su participación redondeaba el tema expuesto, de suerte que a veces después de su comentario era más comprensible.

Tenía la ventaja envidiable de una cultura cardiológica fundamental que voluntariamente y con tenaz estudio y empeño convirtió en cardiorrespiratoria. Su preparación fisiopatológica la consolidó en la Clínica de la Concepción de Madrid. Logró una formación significativa. Su agudeza psíquica y su simpatía le hicieron mentor y amigo de los médicos jóvenes que formaban el equipo del Centro que su director Dr. Tello y el Dr. Duplá animaban.

Fue un gran amigo. Siempre fiel y afectuoso. Cuando emitía un juicio lo hacía con nitidez y lealtad, tanto si era favorable como si era adverso. Tenía autoridad e inspiraba una credibilidad auténtica a sus compañeros. Así quedó demostrado cuando fue propuesto como candidato a la presidencia de la SEPAR. Fue elegido por una mayoría extraordinaria y al término de los 2 años, reelegido. Su doble presidencia será recordada como ejemplar por eficaz, estimulante y coronada por un consenso de aprobación unánime.

Duplá tenía conciencia de que la medicina es una ciencia y es un arte. Una ciencia en cuanto estudia una serie de hechos patobiológicos categóricos y objetivos, gracias a las numerosas ciencias auxiliares que la complementan. Un arte, por lo que tiene de intuición y de interpretación. Los hechos son cada día más objetivos y los estudia la ciencia médica. El arte está constituido de ideas y de luz. A veces parece que el médico adivina sin adivinar porque intuye e interpreta. Estas consideraciones las aplico recordando a Duplá, porque la claridad, es decir la luz de sus ideas, se apoyaba en el hecho científico que tan bien conocía.

En su momento hemos indicado que Duplá se introdujo en la neumología procedente de la cardiología. Cuando surgía la ocasión, nos hablaba y enseñaba cardiología... pero, sobre todo, la forma de manejar dignamente nuestros corazones.

Duplá al término de su presidencia enfermó gravemente, atravesando la frontera de la eternidad un año y medio después de una intervención. Durante su postrera asistencia a un congreso de la SEPAR, recibió la pleitesía emocionada de todos los asistentes que le ovacionaban con las manos, mientras le decían adiós con el alma.

Seguirá viviendo en el corazón de su esposa y de sus hijos y por el recuerdo de sus amigos hasta el último que le ofrezca su memoria.

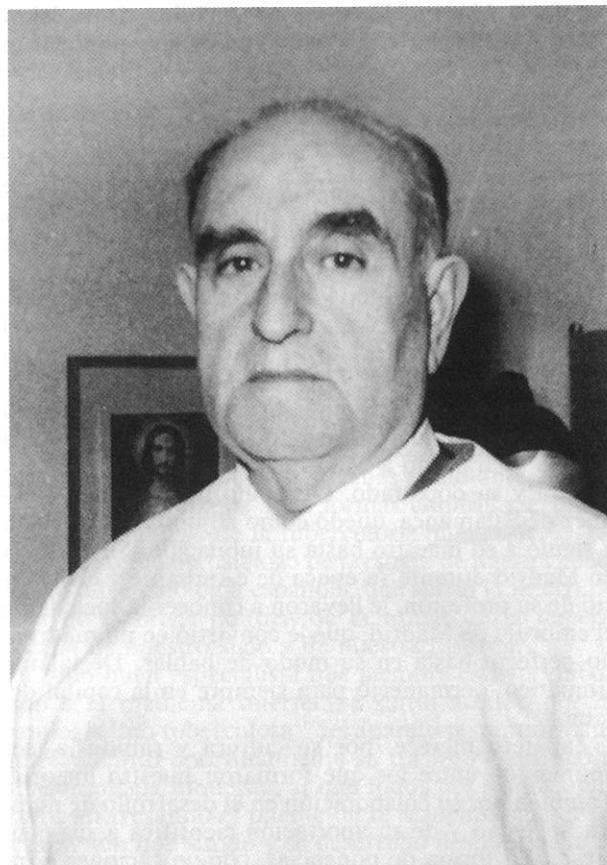
Doctor Luis Sagaz Zubelzu

Con cuanto gozo me propongo recordar a mi querido amigo Luis Sagaz para integrarle en esta lista y relación dedicada a los amigos, miembros de la SEPAR que contribuyeron a forjar la historia de nuestra sociedad con su prestancia, su asistencia, sus aportaciones y con su ejemplo.

Luis era vasco de nacimiento y, después de formarse en fisiología, ganó por oposición la dirección del Sanatorio Antituberculoso de Jaén. Muy pronto debía convertirse Jaén en su segunda patria chica, sembrando en el corazón de los jieneses su respeto y su afecto. Buen sembrador de amor, encontró en ellos tan buena tierra que enraizó en ella ya para siempre.

A la escuela de Marañón, Sagaz no fue sólo para enriquecer su formación científica. También se integró para formarse al lado de su maestro por su personalidad humana que influía en sus discípulos más por su factor humano y su ejemplo que por las ideas que les dictaba.

Años después, Sagaz escribió su libro sobre "Absceso de pulmón" y ruega a su maestro que prologue su obra y le dedica un bello trabajo. Con todo su afecto Marañón le ofrece una presentación ejemplar y en sus líneas le recuerda la vida del Hospital General que a pesar de aquellas salas destartaladas, de sus pasillos y patios solitarios, sus deficiencias y otras dificultades, todas ellas juntas no fueron capaces de impedir "que



hayamos quedado prendidos en la brasa misteriosa de su amor". Así pudo captar Sagaz el modo de infundir un espíritu a un servicio médico para luego instaurarlo en el sanatorio que dirigió con tanto éxito y acierto.

Sagaz termina su formación ilusionado por ejercer su profesión con gran espíritu de servicio en favor del enfermo. Quisiera resaltar la cualidad sobresaliente de Luis, que era ejercer la medicina con un gran sentido humano. Siempre quiso ser, y lo fue, el mejor amigo del paciente que confiaba en él. Su actitud bondadosa, sencilla, amable, le permitía crear una transferencia positiva tan sólo en el breve tiempo de su primer encuentro con su enfermo.

Estuve en Jaén invitado a tomar parte en el homenaje que le ofrecieron sus amigos, sus colaboradores, sus pacientes y sus ex pacientes, sus admiradores y recuerdo la impresión que me causó verle tan sereno, tan templado, tan amable recibiendo las manifestaciones de cariño y gratitud que le llegaban de todas partes. Fue realmente una manifestación multitudinaria, de una gran sinceridad a favor de un hombre que sus gentes le examinaban de amor con amor.

Sagaz tuvo una profesionalidad ejemplar. Sentía y practicaba el espíritu terapéutico de Leriche, que consiste en tener presente, al tratar al enfermo, que es un ser que en su vida es el centro de su propio universo individual, familiar y social. Así, el médico debe valorar la trascendencia del tratamiento en la vida futura del paciente. Para Sagaz este matiz humano era fundamental y le llevó a traspasar la línea, a veces imperceptible de lo médico y lo estrictamente quirúrgico, adquiriendo y desarrollando su capacidad operatoria. Durante la cuarta década de nuestro siglo, llegó a consolidarse la colapsoterapia quirúrgica de la tuberculosis pulmonar. La colapsoterapia era el único método de terapéutica activa, si era posible restaurar un neumotórax terapéutico eficaz. Sagaz, como yo mismo, emprendimos el camino de la cirugía que nos permitió felizmente curar a aquellos pacientes que padecían la persistencia de una caverna residual después de estabilizar la infección tuberculosa y que no podían beneficiarse de un neumotórax terapéutico.

Sagaz, hombre inteligente, con una formación médica completa, actualizada por el estudio logró un tono científico y profesional de primer orden en una ciudad llena de tradiciones y gloriosas realidades pero sin universidad. Siempre trató de esclarecer sus inquietudes y sus dudas recurriendo a servicios de fisiología y cirugía torácica y después de neumología, nacionales y extranjeros. Publicaba con parquedad pero oportunamente trabajos con honestidad y humildad. Algunos me los dio a leer antes de publicarlos. Siempre era reflejo de la acertada aplicación de lo que estudiaba y llevaba a la práctica. Ello le permitió alcanzar una gran experiencia.

La paz, con la que esperaba la muerte y su impertertable serenidad, eran trasunto de su bondad, de su vida interior y de su auténtica religiosidad.

Médico excelente, cirujano meticuloso conocedor de las técnicas que aplicaba, siempre con el pensa-

miento y el propósito de ofrecer lo mejor al paciente que tenía entre sus manos, Sagaz hizo de su profesión un apostolado ejercido con generosidad y amor.

Doctor Conrado Xalabarder Puig

El Dr. Xalabarder, yo diría que fue más biólogo que médico. Hombre de inteligencia fuera de lo común, lúcida, inquieta, buscó con ahínco la verdad a pesar de que, como muchos hombres, no dio siempre con ella. La buscó honesta y brillantemente intentando demostrar la razón de sus dudas y el fundamento de su criterio. Recuerdo con cierta añoranza los diálogos científicos y fisiológicos con que me obsequiaba cuando alguna tarde me hallaba estudiando en su magnífica biblioteca, sin duda la más completa de España en todo lo que hacía referencia a la tuberculosis.

Era un hombre superdotado. Le conocí mucho antes de tratarle personalmente. El año 1940, el Patronato Nacional Antituberculoso organizó en Barcelona un curso de fisiología dirigido por el Dr. Raventós Bordoy, jefe del Servicio de Fisiología del Hospital de San Pablo. Los jefes de los diferentes servicios antituberculosos de la ciudad fuimos los conferenciantes. El curso se desarrolló en los Dispensarios Blancos, que era el Servicio Dispensarial de la Lucha Antitubercu-



losa que sufragaba la Caja de Ahorros de Barcelona. El Dr. Xalabarder era el director de la Institución Antituberculosa sostenida por la Caja de Ahorros. La biblioteca que he citado antes correspondía a esta institución perfectamente instalada en los Dispensarios Blancos, con su bibliotecaria y en la que la bibliografía de la especialidad estaba totalmente al día.

Xalabarder era uno de los médicos más cultos de Barcelona. Lo que intento al hablar de él no es bibliografiarle, sino dar una idea de su talla como médico y como biólogo, reconociendo que es una tarea superior a mi capacidad de análisis y de expresión.

Dotado de una vocación auténtica, toda cuestión o problema patobiológico le apasionaba. Cuando leía una revista científica y descubría una novedad se transformaba como si leyera un poema. La biología era su vida. Como médico era polifacético. Cuanto conocía lo sometía a una crítica rigurosa después de estudiarlo detenidamente. Cuando estudió la tuberculina de Koch, la produjo él mismo en su laboratorio de bacteriología. A su tiempo estudió el cultivo de Lowenstein para comprobación de la bacilemia en los enfermos de tuberculosis pulmonar, en sus distintas formas. Llegó a realizar centenares de hemocultivos. La Sanocrisina que el Dr. Sayé defendió a ultranza y usó pródigamente en el supuesto efecto bactericida de oro, fue también comprobada por Xalabarder, quien llegó a la conclusión de que el factor activo no era el oro sino el azufre del tanato de oro que constituía la molécula de la Sanocrisina. Por desgracia, ni el oro ni el azufre de aquel fármaco mataban ningún bacilo. Estuvo preocupado por la bacteriología, cultivó microbacterias cromógenas a granel y llegó a inocular cobayos con bacilos de grifo, logrando producir verdaderas granulias. Estudiando el mecanismo de acción de la Sanocrisina, llegó a la conclusión que éste tenía lugar gracias al glutatión del plasma sanguíneo, que estudió detenidamente y al que atribuyó un papel mediador, cuando aún nadie hablaba de mediadores.

Hombre incansable, quiso estudiar la ciclografía del bacilo de Koch y describió la suya, es decir, tal como él la había visto. Xalabarder se halló a sí mismo cuando el destino, mejor dicho, su prestigio y el reconocimiento de su valer, decidió a la Caja de Ahorros a poner en sus manos un microscopio electrónico que fue su ilusión y diría que su pasión, con el que gozó ciertamente pudiendo llevar su ojo avisor a las estructuras intracelulares. Así, estudió la ciclografía del bacilo, advirtiendo en el contenido plasmático del mismo unas formaciones que en el momento de su reproducción se liberaban y que llamó "fogo". Estas formaciones que veía perfectamente con el microscopio electrónico eran más o menos abundantes según la virulencia del bacilo. Fue tisiólogo conspicuo. Fue casi promotor de la cirugía torácica antituberculosa. Operó toracoplastias y plombajes con materiales plásticos tolerados. Xalabarder fue director del Servicio Antituberculoso más completo, en todos los sentidos, de Barcelona.

Todas las investigaciones y comprobaciones biológicas de Xalabarder están publicadas en la monografía

que periódicamente distribuía a la clase médica la Caja de Ahorros. Esta publicación sostenida casi íntegramente por él, da idea de la personalidad científica del Dr. Xalabarder. Gran persona, investigador nato y vocacional. En un medio idóneo hubiese dado mejores frutos. Siempre me inspiró una gran admiración, un gran respeto y un gran afecto.

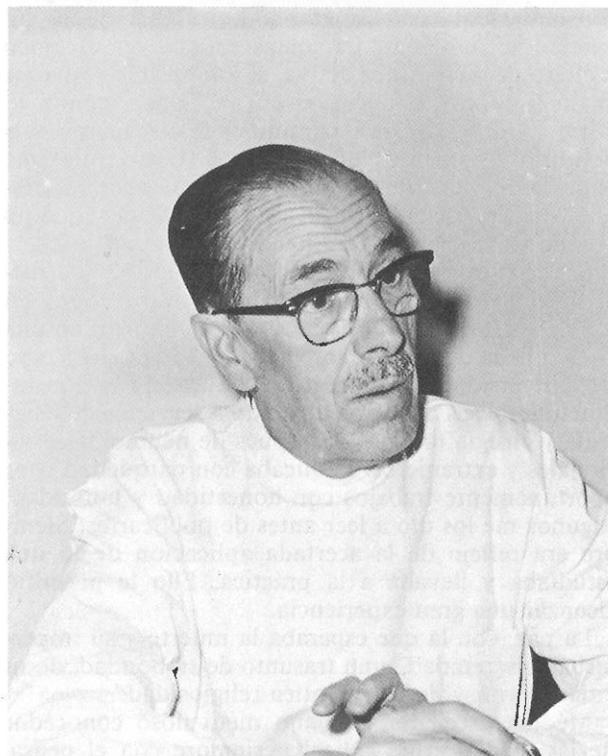
Me complace la ocasión de recordar a Xalabarder precisamente porque la vida del hombre de ciencia transcurre silenciosamente, tal como va realizando su obra y perdure o no, la memoria de su artífice va apagándose quedando sólo un eco que apenas alcanza el confín de su hogar o el de sus amigos. Su obra queda en el supremo anonimato de lo creado, tras lo cual sólo permanece un testigo fiel: ¡Dios!

Yo, que oigo aún el "eco", gozo dando fe de su importante existencia.

Doctor Ramón Zumárraga Larrea

Zumárraga fue un gran tisiólogo que como todos los que hemos vivido el gran beneficio de la quimioterapia antibacilar, terminó siendo un neumólogo excelente. Le conocí en el año 1945, siendo director del Grupo Sanatorial de Santa Marina de Bilbao, institución modélica consistente en un sanatorio benéfico privado, fundado y regido por una Junta de Gobierno y sostenida en parte por la administración foral y la aportación caritativa del pueblo vasco. Esto muchos años antes de nuestra guerra civil.

Después de la guerra, la Junta de Santa Marina y el PNA llegaron al acuerdo por el cual este último asu-



mía la administración de la Institución y completaría su necesaria ampliación. En el año 1945, Santa Marina era ya un Grupo Sanatorial completo, de tres pabellones, el primitivo ocupado por mujeres, el de niños y el de varones que era el de construcción reciente, en total albergaba unos 250 enfermos.

Provisto de un instrumental y los aparatos necesarios para el estudio de los enfermos con un departamento quirúrgico moderno, un laboratorio de análisis clínicos y de anatomía patológica, todo ello atendido por un cuerpo facultativo culto, preparado y eficiente, Santa Marina era el centro de patología respiratoria del Norte.

Esta situación fue iniciada y conseguida gracias a la acertada dirección de Zumárraga y a su sensato asesoramiento de la Junta de Gobierno de Santa Marina.

Este comentario me lleva de la mano a considerar la personalidad de Zumárraga como asesor de la Junta mientras llegaba el acuerdo con el PNA. En toda esta negociación, Zumárraga intervino procurando el bien del sanatorio del que vivía prendido por su amor a la institución. He conocido a Ramón inmerso en su mundo habitual, que es precisamente como se puede llegar al conocimiento y a valorar un hombre de la talla de Zumárraga con su admirable complejidad.

Como médico fue notable en sus tres vertientes: en el ejercicio del oficio de médico, es decir, explorar, llegar al diagnóstico, tratar y prevenir con la terapéutica y con el consejo, al paciente.

Como jefe del equipo médico y director del Sanatorio. Las tres realizadas con inteligencia, sensatez y justicia, que son los dones que adornan la personalidad de los hombres de bien.

Como fisiólogo contaba con una cultura notable que aplicaba eficazmente en las maniobras y exámenes clínicos que le conducían al diagnóstico. En cuanto a tratamiento, durante demasiado largo tiempo, éste se limitaba al reposo y a la colapsoterapia. Muy hábil y experto en su aplicación, llegó a dominar la terapia de entonces.

Como maestro poseía el don inefable de la docencia que ejercía con su gran sentido común y que disimulaba con su sencillez y modestia. La consencuencia fue que Santa Marina cobró la fama y la eficacia de Escuela de Fisiología del Norte. Cuántos, por no decir todos, los fisiólogos del País Vasco se formaron en aquella institución y son los que después han llevado a cabo la transición de la fisiología a la neumología moderna.

Como director mandó siempre con suavidad, informando con veracidad a su interlocutor, de suerte que cuando mandaba y amonestaba daba la sensación que enseñaba. Su simpatía extraordinaria fue su característica personal relevante y que no podía ocultar cuando ejercía su autoridad. Fue querido por los médicos de plantilla del sanatorio que le obedecían siempre para corresponder a su trato y a su amistad. Como miembro de la SEPAR asistió siempre a todas sus reuniones. Era su concurrente habitual y el compañero cuyo encuentro constituía la nota de alegría que brotaba de su gratísima amistad.

El hombre. Zumárraga fue un hombre cabal, armónico, de semblante afable. Seguro de sí mismo, discretamente irónico, con un gran sentido del humor. Tolerante aunque amase lo tradicional y de una responsabilidad muy positiva. Tenía una gracia seria y aguda. Su compañía era gratísima. Nunca le faltó el amigo o el compañero que sentía a su lado el encanto de su atracción natural y espontánea.

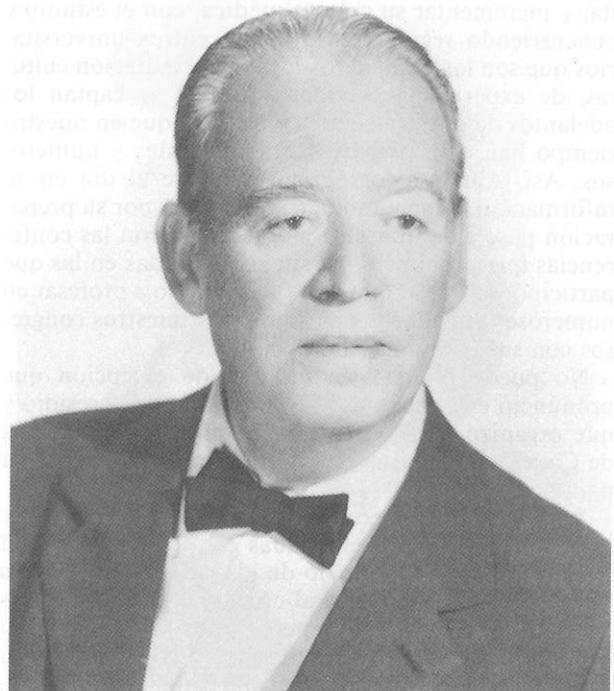
Fue un gran amigo, fiel y servicial, de los que se alegran del bien que reciben y gozan sus compañeros y se duelen de su infortunio. Esposo modelo de una mujer que compartía con él la gracia y la simpatía. Su hogar templo de paz y felicidad.

Escribo estas líneas pensando en dos compañeros entrañables: Zumárraga y Múgica. Dos queridos amigos que sembraron en mi ánimo una amistad que permanece hasta nuestro ya no remoto encuentro, allá en la eternidad en la que creímos los tres.

Doctor Salvador Almansa de Cara

Siempre he recordado al benemérito Almansa de Cara con especial afecto. Entre sus cualidades humanas y profesionales, sobresale una especial que lleva a recordarle entre la memorable lista de la SEPAR. Su gran afecto a nuestra Sociedad a la que sirvió con tanto celo y entusiasmo. No creo que Almansa haya dejado de asistir a ninguna de las reuniones anuales de la AIEB y después a los congresos de la SEPAR, donde nos enseñábamos mutuamente e intercambiábamos nuestras experiencias.

Su presencia fue constante. Su colaboración científica, ya en ponencias como en comunicaciones, fue



eficiente, especialmente en los primeros años de nuestra vida académica.

Almansa de Cara forma parte de aquel grupo de médicos que supo prolongar los límites de la universidad a las provincias carentes de ella, llevando la docencia a los centros asistenciales provinciales.

Impartió en estos centros sus enseñanzas con una naturalidad y eficiencia que informaban a sus colaboradores y asistentes a quienes ofrecía su sabiduría con dedicación y amor, sin pedantería y sin engolfamiento. Almansa de Cara ejerció su profesión en Málaga, su ciudad querida y en cuya sociedad fue muy querido por todos.

Almansa de Cara vivió la medicina en los tiempos en que los médicos ejercíamos la profesión en hospitales de salas grandes que alineaban dos hileras de camas sin ninguna comodidad y sin una mínima consideración y respeto a la intimidad humana. Con escasez de recursos técnicos para aliviar y curar, sin organización hospitalaria alguna. Con historias clínicas sin orden, archivos muy primitivos. Sin el material indispensable para crear y establecer el necesario espíritu médico y de servicio para llevar a cabo una labor eficiente y útil.

Fue labor personal de los jefes de servicio y de directores de sanatorios los que progresivamente realizaron la transición de aquellos sanatorios y hospitales a los actuales, gobernados por gerentes que son los verdaderos gobernadores de las complicadas empresas hospitalarias de hoy.

Entre aquellos médicos que superaban estas ausencias, poniendo dedicación y amor al ejercicio del oficio de médico que consiste en curar, prevenir y acompañar al enfermo física y psíquicamente, se hallaba el Dr. Almansa de Cara.

Almansa de Cara hizo todo lo posible para consolidar e incrementar su cultura médica, con el estudio y concurriendo regularmente a los centros universitarios que son los verdaderos focos de irradiación cultural, de experiencias vividas y donde se captan los adelantos de nuestra ciencia y técnica, que en nuestro tiempo han sido preciosos, trascendentes y numerosos. Así, Almansa logró estar siempre al día en su información tisioneumológica. Por esto, por su preparación pasó a ser maestro y muchos fueron las conferencias que pronunció, las mesas redondas en las que participó, así como también fue invitado a profesar en numerosos cursillos y a participar en nuestros congresos con sus comunicaciones.

No puedo olvidar su discurso de recepción que pronunció en el congreso de Málaga que él presidió y que organizó a la perfección. Buen artífice Almansa de Cara y buen marco el de la bella ciudad de Málaga para su obra.

Sus palabras al ofrecernos la ciudad de sus amores y de su vida fueron pronunciadas con una sensibilidad exquisita. Nombró y habló de los jardines de Málaga y, después de escucharle, al cruzarlos, los vimos más bellos y al contemplarlos percibimos su embrujo. El don de Almansa de comunicarnos y contagiarnos su emoción al relatarnos lo que había captado su ternura,

nos descubrió que el médico que nos hablaba era también un poeta. ¡Sólo se puede hablar como lo hizo Almansa cuando se posee un alma de poeta!

Me imagino el envejecer de Almansa. Aceptando la vejez con la serenidad con la que vivió. La renuncia aprendida en la austeridad del consumir lo necesario. Serenidad y renuncia que llevan a la paz pasados los tiempos de la lucha y se contempla el refugio de la muerte cuando ya no importan las adversidades y se percibe la compañía permanente de la esposa que te ha amado hasta el fin.

Doctor Luis de Velasco Belausteguioitia

Durante los días en que escribo las semblanzas que componen este artículo, dedicado a los que fueron parte de nuestra historia, he tenido la oportunidad de volverme mirando hacia atrás. Surge ante mis ojos el panorama del origen de la SEPAR, que bellamente y con tanta precisión evoca Coll Colomé en su artículo que se publica en este mismo número de ARCHIVOS. Contemplo aquel pasado de buenos deseos, de logros, de constante progreso que han convertido a la SEPAR en una de las sociedades científicas ejemplares y más importantes del país.

En medio de aquel panorama, surge la figura de Luis de Velasco Belausteguioitia con su porte inequí-



voco, su distinción y su talante serio, pero afable. Quisiera saber expresar como le veo y le recuerdo. Lo veo presidiendo muchas reuniones, dando la bienvenida a los que concurríamos y nombrando a los que participaban con sus trabajos y comunicaciones. En realidad, Velasco participaba en nuestras reuniones dirigiéndolas o presidiéndolas, casi nunca como concurrente.

Velasco se nos fue a Alemania, de donde trajo su tesis doctoral y una cultura fisiológica de primera calidad, que lució durante toda su vida profesional. Buenos maestros conoció allí, Schumacher, Redeker, Bräuning y, buen entendedor y muy interesado, se trajo una magnífica preparación que le mereció ganar la dirección del Sanatorio de Porta Celi, servicio que dirigió con celo y eficacia. También le ofreció la ciudad de las flores lugar para vivir y para el ejercicio privado de su profesión. Valencia le acogió con la consideración que merecía y él se integró como si hubiera nacido en ella.

Luis hablaba siempre para decir algo, nunca solo por hablar. Sus silencios eran significativos y podías suponer o adivinar su acuerdo o su disconformidad. Hombre culto, acostumbrado a pensar, se hacía escuchar en el uso de la palabra. Sus intervenciones fueron siempre interesantes, breves, justificadas y sensatas. Fue probablemente el fisiólogo de más prestigio de Valencia, y uno de los más apreciados del país. Su presencia imponía el respeto que su calidad humana merecía. Su vida profesional fue intensa en sus dos formas: la dirección del Sanatorio de Porta Celi y el ejercicio privado de su profesión en su consultorio.

Su curiosidad viva, no sólo en el terreno de la medicina, sino en otros como el arte y otras ramas del conocimiento humano, le convirtieron en un profesional intelectual.

Le traté menos de lo que yo hubiera deseado. A pesar de la frecuencia con que yo colaboraba en cursillos y en conferencias en los diferentes centros de la especialidad de Valencia, nunca encontré a Velasco participando. Pensaba que su vida profesional se desenvolvía en solitario rodeado de sus colaboradores inmediatos, entre Porta Celi y su consultorio, sin una convivencia con sus colegas de su ciudad.

Era alto, de corpulencia adecuada a su estatura, adoptaba con frecuencia una actitud pensativa. Parecía que sus pensamientos seguían las elucubraciones del humo de su frecuente, por no decir persistente, cigarrillo. Hablaba con calma y se expresaba con gran facilidad y corrección. Sin ser mediterráneo, vivió casi toda su vida en Levante. Era vasco de Alava, como Zumárraga, cuyas vidas cronológicamente paralelas fueron distintas en el modo de ser y de pensar. Pero ambos caballeros intachables. Fue miembro de la SEPAR desde los primeros años, acudía muy irregularmente a sus congresos y reuniones. Posiblemente apetecía la soledad más que la vida académica activa.

Las dos últimas veces que coincidimos fueron en León en una reunión del American College de España, organizada por su presidente el Dr. Zurita y la otra en Palencia, invitados por el Dr. Burgos de Pablo, Jefe de

Neumología del Hospital de San Telmo. Pasamos dos días juntos y me dí cuenta de cuánto fumaba y no pude dejar de sugerirle que se abstuviera. Aceptó mi buena intención pero no la recomendación. Ya era demasiado tarde.

Pocos meses después, un brutal infarto de miocardio le fulminó como un rayo. Sólo le dio tiempo de trasladarse de su Porta Celi a su domicilio, donde murió rodeado de su familia y de los pocos amigos que conocían el accidente que puso fin a su vida. Murió como imagino que quiso morir: en silencio, ocasionando las mínimas molestias a los suyos y a sus amigos.

Su amigo Picardo, el cirujano de Porta Celi, me pidió por teléfono una nota necrológica para la prensa de Valencia. Con la pena y emoción que me produjo su tránsito a la eternidad, la escribí y se la envié.

Estas líneas de hoy son el postrer homenaje que ofrece mi recuerdo a Luis de Velasco Belausteguigoitia, fisiólogo insigne y prestigioso que fue apreciado y respetado por sus compañeros y amigos.

Doctor Juan Arróspide

Le conocí muy bien, de cerca y conviviendo días bajo el mismo techo. Me infundió el respeto y afecto que aún perduran a través de los ya muchos años que han transcurrido desde su muerte.



Le vi por primera vez en su despacho de Bilbao, una mañana en plena consulta, porque Arróspide recibía mañana y tarde. Era el tisiólogo de más prestigio de Bilbao, más aún, de todo Vizcaya. Concurrían a su consulta la mayoría de los enfermos tuberculosos de su país y de toda la escala social.

Tres fueron las causas que contribuyeron al éxito profesional de Arróspide. En primer lugar su preparación científica y su capacidad clínica; en segundo sus cualidades humanas, y el tercer factor, el castigo sufrido por su nacionalismo que la mayoría de sus conciudadanos que le conocían, consideró injustificada.

Hombre inteligente, de un gran sentido práctico, supo perfectamente como aplicar sus conocimientos teóricos al paciente para su bien.

Arróspide tenía la sencillez de aprender de sus compañeros dialogando, particularmente de los que él creía que lo merecían por su cultura y su experiencia.

La fuente en la que actualizaba su información científica era su asistencia a los congresos internacionales de tisiología, a los de la Asociación Internacional de la Lucha contra la Tuberculosis y a las reuniones y congresos de la AIEB y luego de la SEPAR.

Tenía una presencia afable y grata. Su figura distinguida y su modo de acoger al paciente, de escucharle y de informarle después de una minuciosa exploración acerca de lo que debía hacer para lograr su recuperación, hacían nacer en su paciente esperanzas alentadoras. Éste salía de la consulta prendido y confiando en la persona del Dr. Arróspide. Le había convencido plenamente y seguía su consejo terapéutico.

Arróspide era un hombre sensato que dirigía sus actos y sus sentimientos. Era nacionalista vasco y como tantos otros de su partido fue objeto de alguna denuncia y de los rigores de los vencedores. Fue detenido, juzgado y encarcelado en el Penal del Dueso, donde cumplió su condena de 11 años y un día. Por la Ley de redención de pena por el trabajo, por ser designado médico del penal, redujo a 3 años y un día su condena. Así, recobró su libertad no sin perder el

ser jefe del Servicio de Tisiología del Hospital de Basurto y todo cargo oficial. Lo que no disminuyó, sino que creció, fue su prestigio y la admiración de los muchos, casi todos, sus conciudadanos que a partir de entonces le ofrecieron una particular consideración.

A su vuelta a Bilbao, recuperada su libertad, reorganizó su vida. Montó su consultorio en la planta de una casa unifamiliar en el centro de la ciudad y su vivienda en el primer piso de la misma. Así empezó en el año 1942 en solitario, con la ayuda de otro médico, Andrés Aya Goñi que conoció en el penal cumpliendo igual condena y que, por haber sido nombrado su ayudante, también logró la redención de su condena. Aya fue discípulo y gran amigo mío por haber cursado juntos los estudios en la Facultad de Medicina de Barcelona. De esta circunstancia nació mi amistad con Arróspide.

Arróspide era un señor de cuerpo y alma. Su amor a la medicina revelaba una vocación auténtica, su amor al enfermo un profundo sentido humano. Su vida profesional alcanzó la plenitud en el oficio de médico por su eficiencia. Su infortunio le hizo renunciar a ser el maestro, es decir, a una docencia para la que tenía natural aptitud.

Para los que le conocimos, los 20 años que han transcurrido desde su muerte, no han sido capaces de enfriar el cariño ni entelar su recuerdo. Su bondad, su don de gentes y su sabiduría eran cualidades inherentes a su personalidad y no nos ha dejado un solo recuerdo sin el adorno de su gesto cariñoso y sonriente.

Durante mi infancia, muy lejos de aquí, leí en la pared de un cementerio un pensamiento que ha quedado grabado para siempre en mi mente: "La vida de los muertos consiste en la memoria de los vivos". Pienso que si algún compañero que le haya conocido lee estas líneas, comprenderá que he hecho revivir a mi amigo Juan Arróspide durante unos momentos. Que es sólo lo que me ha dictado mi vieja amistad y mi perdurable gran afecto.